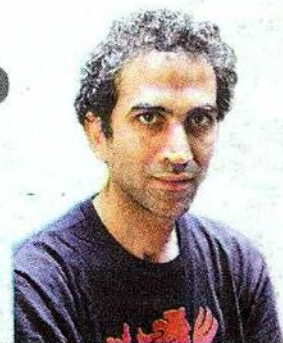




# Confieso que he viajado

Lisandro Etala

Músico



ITALIA

## Una experiencia a la italiana

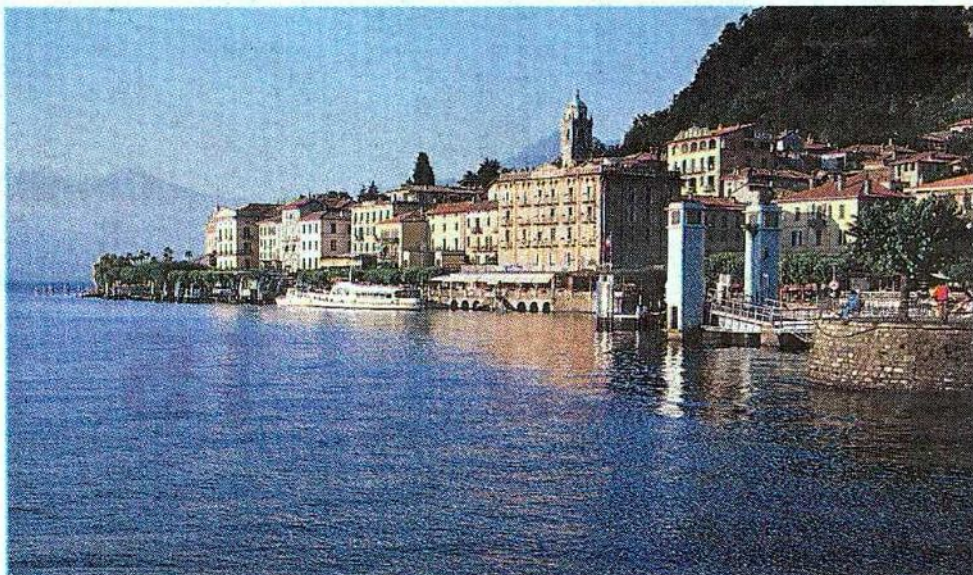
**L**a música y viajar son dos de las cosas más importantes de la vida, a mi parecer. Cuando ambas se unen la satisfacción es inmensa. La música me atraviesa desde muy chico, pero no hice tantos viajes como me hubiera gustado. En las dos cuestiones, me queda mucho por andar todavía.

Este año tuve la dicha de viajar con Alfredo Piro y su banda a Expo Milán. Me considero una persona bastante espiritual y poco materialista. Pero confieso (además de que esta vez sí he viajado) que Milán es una ciudad que hizo sacar de mí los gustos más superficiales.

Llegamos y nos instalamos en un hotel de un barrio con bastante nivel y de los más pintorescos de Milán. Todo en sus calles es moda, diseño, belleza. Siempre que esperaba en la vereda del hotel a mis compañeros, parecía una pasarela constante: hombres y mujeres muy producidos, bellos y en la mayoría de los casos con muy buen gusto. Las vidrieras, los bares y las viviendas a la calle, todas muy decoradas en cada detalle. Pero, obviamente, no todo en Milán es superficial. También es cultural, bien antigua e inspiradora por donde se la mire.

Después de tocar, nos pudimos quedar, algunos músicos, unos días más. Con el guitarrista Carlos Filipo y la violinista Mariana Atamas decidimos ir a algunas ciudades cercanas por el día. Siempre haciendo base en *Milano*. Así conocimos Cremona, cuna de Stradivari, un maravilloso pueblito.

Quisimos escaparnos a Venecia, pero el viaje era un poco largo. Pensamos en otros lugares: Torino, Bergamo, Monza, Lugano, Como. Consultamos al encargado del hotel y no dudó: Como.



**A ORILLAS DEL LAGO.** Los edificios costeros de Como, una postal de la región de Lombardía.

### QUIÉNES.

Lisandro Etala es pianista y guitarrista. Tocó con Elena Roger, Ligia Piro, Pablo Montiel y Gloria Carrá, entre otros artistas.

Acaba de presentar "El kid de la cuestión", su segundo disco solista.

Nos tomamos el tren hacia allí y en 45 minutos ya habíamos llegado. Apenas pisamos el lugar, el aire y las montañas nos cautivaron. Después de sucumbir a los deseos consumistas (nos compramos zapatos italianos y vinilos), nos fuimos acercando al famoso lago.

Mientras tanto, nos metíamos en esas callecitas típicas italianas, tan cuidadas, tan antiguas, cada ventana con sus flores dando al exterior. Ni hablar de la arquitectura que todos conocemos, las catedrales y las plazas donde nos comimos unos ricos *panini* de jamón crudo.

El lago de Como es impresionante, con esas montañas bordeándolo y esas construcciones lujosas y pintorescas. Es imponente y dan ganas de quedarse. De hecho, almorzamos ahí y fue difícil despegarse. Desde la orilla se disfrutaban fascinantes vistas: evocadores pueblecitos, espléndidas villas y exuberantes jardines que transmiten tranquilidad y cultura en contacto

con la naturaleza. No por nada siempre fue el lugar elegido para las vacaciones de la nobleza lombarda y muchos futbolistas tienen alguna casita en sus orillas.

Caminamos todo el casco histórico y hasta pudimos meternos en jardines internos de algunas casas que funcionaban como lugares estatales o clubes privados. En sus calles —hay que decirlo— también encontré las mujeres más hermosas que había visto en mi vida. Y esto es un halago también a las mujeres argentinas y nuestra gran herencia de estos lugares. Al anochecer dimos una última vista a ese lago mágico y todo lo que lo rodeaba.

Volvimos al tren y a Milán. Al llegar al hotel, nuestro baño se había roto. El plomero maldecía a los gritos al conserje, que no cerraba la llave de paso. La escena era una típica comedia italiana llena de improperios: "¡Porca puttana!" y "¡vaffanculo!". La experiencia italiana estaba completa.